

diendo cual hongos que nos impregnan, bajo el halo de la supuesta postmodernidad e innovación, con sus discursos nacionales –reinventados y crecidos– y “múltiples” historias, costumbres y culturas que nos “des/unen”, según la coyuntura que el poder dicte.

Tras la lectura de esta obra me pregunto: ¿acaso existe algún museo de Historia, incluso muchos de los de otras ciencias o costumbres, que no esté relacionado con el poder político y en consecuencia con esta lectura nacional/regional/estatal/provincial? ¿Cabe entonces hablar de los museos nacionales como una especie propia o realmente son nuevas etiquetas para un mismo espécimen? ¿Podemos trasladar este enfoque nacional a

otros modos de mostrar nuestro Patrimonio Cultural desde una perspectiva histórica, digamos un monumento, un yacimiento visitable, una tradición cultural local, etc.?

Sin duda, la casuística recogida en la obra invita a reflexionar una vez más sobre el Patrimonio Cultural y su papel socio-político; quizás sea esto lo que más justifique su lectura y consulta.

Alicia Castillo Mena

Dpto. de Prehistoria  
Universidad Complutense, Madrid

**Irina Podgorny. *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Prohistoria ediciones-Colección Historia de la Ciencia, Rosario, 2009. ISBN 978-987-1304-39-4**

Irina Podgorny, como arqueóloga, excava en la bibliografía para enseñarnos la historia de la Prehistoria en Argentina en la segunda mitad del siglo XIX y la primera década del XX, sumergiéndose de lleno en el conjunto de características epistemológicas que iluminan esa parte concreta de nuestra historia contemporánea. En este libro, bellamente editado, vamos a encontrar esa enconada y positivista intención de explicar el mundo y de hacerlo de una forma concreta, bajo la supuesta ley del progreso unilineal a la que el transformismo de Darwin está dando, a su modo, el espaldarazo.

Aquí también hallaremos ese otro vector eurocentrista según el cual el occidente europeo (fundamentalmente Francia en ese momento) asume y presenta un modelo explicativo, en este caso de los orígenes y primeros tiempos humanos, y el resto de las regiones bajo su larga influencia, incluida por supuesto la Argentina, lo copian, adornándolo con algunas originalidades e incluso, a veces, intentando superarlo. Sin conciencia de que la solidez y la aparente “verdad” de las cosas comenzaba a desaparecer precisamente a causa del propio conocimiento, que es siempre destructivo.

Y aunque esos dos pilares epistemológicos también han servido para edificar la Prehistoria en lugares tan cercanos a Francia como la propia España, lo verdaderamente original del libro de Irina Podgorny es que nos traslada, con los mismos argumentos y las mismas bases, al otro lado del mundo, donde la geología es muy distinta; donde las sociedades humanas han seguido un camino diferente y fuertemente alterado por la conquista; donde la paleontología nos indica la existencia de una fauna y una flora no documentadas en el viejo continente. Donde, en definitiva, la historia es otra y por lo tanto la prehistoria también debería serlo.

Donde el paradigma básico es: somos (o queremos ser) como en Europa; o mejor aún: somos gente europea. Nuestros museos como los suyos, nuestros fósiles como los suyos, nuestro origen, como el suyo o incluso más antiguo.

El protagonista de este empeño singular es Florentino Ameghino, una figura polémica y ante todo muy activa, que representa por un lado la fidelidad al modelo europeo, necesaria en el desarrollo científico del momento, y por otro la originalidad de aplicar su modelo aprendido en Francia y su búsqueda incansable de pruebas a las enormes tierras de la América meridional.

Para buscar y mostrar esas pruebas, Ameghino apela a la objetividad, esa sutil cuestión que sustenta el positivismo de la Ilustración hasta bien entrado el siglo XX; pero él vive en una época en la que la propia objetividad ya está amenazada, ya se cuestiona, ya se le exigen testimonios. Esa objetividad amenazada también afecta a los centros en los que se acumulan, estudian y enseñan todos esos fósiles y objetos, todos esos testigos: los Museos de Historia Natural. Esa es la cuerda, desde luego resistente y evidente, que liga los dos temas, en principio inconexos, que se abordan en este libro, que mezcla la historia de la investigación sobre los orígenes humanos en Argentina (sobre la Prehistoria en aquel país), con la historia de sus grandes museos de naturaleza.

La búsqueda de Ameghino, al igual que la de sus contemporáneos y de muchos de sus sucesores (p.e. L. Leakey en Tanzania en los años 30 del siglo XX) se organiza epistemológicamente de forma inductiva: primero se organiza una visión del mundo, de las identidades y de los orígenes, así como de la propia evolución o progreso; luego se buscan las pruebas materiales de esta organización. Y por supuesto, se encuentran.

Irina Podgorny, que tiene acostumbrado a su público lector a unas altas cotas de detalle e introspección en la vida y en los ambientes de nuestro pasado reciente, nos presenta un mundo masculino sin apenas concesiones, donde los protagonistas son científicos, investigadores, buscadores de tesoros, banqueros, diplomáticos, médicos, ingenieros o ministros, y en el que si alguna mujer aparece, siempre en un muy segundo lugar, es por su naturaleza de “esposa” o “madre” o incluso “ayudante” de alguno de ellos.

Y aunque el objetivo de esta obra pueda parecer relatar la historia del mito sobre la antigüedad remota del ser humano en Argentina, en realidad no es eso: es la historia de la potencia de la visión occidental del mundo que llega a los rincones más alejados del planeta. Ameghino quiere encontrar “Chelense” en La Pampa argentina (y lo encuentra) porque el poder de Francia como emisor de paradigmas es muy fuerte y porque el poder de las ideas preconcebidas en la investigación es también enorme.

Los Museos de Historia Natural de La Plata y de Buenos Aires, este último llamado “Nacional”, demuestran lo que en aquellos años se entendía por Historia Natural: un amplio concepto en el que se metía a presión lo que hoy denominamos antropología cultural o etnología, en apretada convivencia con fósiles de animales extinguidos o esqueletos de sociedades recientemente desaparecidas o incluso indios vivos hilando y quejándose de su destino (p. 194), todo ello con un propósito concreto: reconstruir el designio de la patria.

Esta historia también nos demuestra que el mundo de los museos es muy semejante en todo occidente, incluso en el uso de “la estrategia de saturar los espacios existentes para luego solicitar la construcción de un nuevo edificio” (p. 39), y con ese simbolismo decimonónico que lo destina a ser la cumbre de la civilización, un almacén de objetos que revelan y enseñan el orden del mundo.

Para comprender el aparente “fracaso” de ambas instituciones, sobre todo de la segunda, encontramos dos vertientes muy bien explicadas por la autora: por un lado el hecho de que la esencia del museo estaba lejos del pueblo: era un reducto de personas especialistas, con carácter exclusivamente científico y sin esfuerzos para traducir al público visitante el lenguaje especializado (p. 45). Lo popular era la “cultura de los charlatanes de feria” (a la que la Dra. Podgorny ha consagrado algunas de sus obras, véase bibliografía en su libro). Por otro lado, el orden del mundo que se pretende enseñar es el del “otro mundo” (el europeo), mientras que en América ese orden no se encuentra y en su lugar aparece un caos en el que incluso habrá autores que inviertan lo más básico, afirmando que en ese continente el Neolítico había antecedido al Paleolítico.

A lo largo de sus nueve capítulos y sus conclusiones, los temas “Museos” e “Historia de la Prehistoria y la Arqueología” se entrelazan de forma magistral. Como ejemplo está el capítulo 3, que se inicia en la historia de

los primeros grandes museos europeos en Inglaterra, en Alemania y en Francia, esos “fantásticos osarios de pruebas asesinadas” (Petrie 1907, citado en p. 96). Se trata de una historia que la autora identifica o paraleliza con la de la propia Arqueología como ciencia del registro, ya que será lo que se encuentre, se identifique y se registre lo que luego formará los fondos del museo, y la manera en la que todo aquello se haga se reflejará siempre en el sistema de exposición. Ya nos encontramos con aspectos tan modernos como la necesidad de contextualizar los hallazgos arqueológicos en su contexto ambiental para que tal contexto pueda ser reproducido o al menos explicado en las vitrinas. Los bienes o restos arqueológicos sólo se “salvan” si son primero bien registrados y después bien conservados o expuestos.

Antes, el capítulo 2, con el precioso título de “Palabras para una historia sin palabras”, se dedica a desarrollar la historia de la Prehistoria y su nacimiento, en un contexto de Arqueología clásica para la que la Prehistoria es una ciencia de personas analfabetas. Toda ella está conectada con la idea evolucionista unilineal y situada bajo la ley universal del progreso. Y también con Francia, la autora del invento de la Prehistoria, con su terminología y sus conceptos básicos. Pero en Francia la Prehistoria hacía referencia a un tiempo pasado remoto del que no se guardaba memoria, mientras que en América los “salvajes contemporáneos”, que se suponía vivían igual que en la Prehistoria, aún estaban vivos o a punto de dejar de estarlo. Identificar a aquellos grupos salvajes con los que vivieron en los primeros tiempos de nuestra existencia como seres humanos no dejaba de ser satisfactorio para quien observaba desde la superioridad y desde la lejanía; pero incómodo sin duda para quienes estaban muy cerca en el espacio y en el tiempo, para quienes observaban habilidades técnicas o medioambientales insospechadas en tribus y grupos que, como representantes de los primeros tiempos de la humanidad, debían ser mucho más salvajes, menos diestros.

El paradigma de la evolución o progreso unilineal encontraba en Argentina muchos más escollos, al enfrentarse con una realidad existente, que en Francia, donde el pasado no era más que un país imaginario. El afán de internacionalización o mundialización del paradigma paleolítico francés tropieza ya en sus primeros tiempos: los esfuerzos de Ameghino demuestran que las clasificaciones francesas no servían en todo el planeta, “como si el límite entre el Neolítico y el Paleolítico pasara por una línea geográfica, como si el sur constituyera el estrato inferior de la historia humana” (125).

Pero también el factor tiempo tropezaba: el límite entre la humanidad histórica y la prehistórica en América se colocaba en la conquista y lo prehistórico se identificaba con lo precolombino.

Prácticamente ninguno de estos escollos o tropiezos afectaron a la vida y al contexto de acción y de pensamiento de cada uno de los protagonistas de esta historia,

aventureros y buscadores de fósiles que acumulaban colecciones plagadas de falsificaciones, tanto que incluso existe una Carta del Ministro de Instrucción estableciendo cómo recolectar los objetos, de forma solemne y en presencia de varias personas, con un libro de actas firmado, con copias, etc.

La obsesión por la antigüedad del “hombre americano” llegó a su cenit cuando hacia 1877/78 Ameghino llega a escribir sobre sus dudas de que el hombre de Neandertal fuera europeo o americano. Con esa idea marcha a la exposición de París de 1878, para que el mundo pudiera ver esos fósiles y hacerse esas preguntas. Pero Francia está entonces defendiendo la existencia de la humanidad en la era terciaria y su mejor prueba la constituían las piedras talladas de los yacimientos de Chelles, descubiertos y publicados por Mortillet. Con el término “Chelense” o “Chellense” se organizan disputas académicas y de campo, en las que Ameghino interviene. Allí aprenderá a relativizar, con frases tan interesantes como “observar un corte estratigráfico dista mucho de ser una lectura directa de las cosas” (p. 165). Sin embargo, su educación francesa va a funcionar como una rémora en su investigación (desde el punto de vista actual), ya que se empeñará en demostrar las leyes que han hecho que en “todas partes la cultura humana pase por las mismas fases y en la misma sucesión... de modo que la industria chelleana ha sido universal” (186).

En 1880 Ameghino publica en París y Buenos Aires su síntesis sobre “La antigüedad del hombre en el Plata”, insistiendo en aspectos como la contemporaneidad de la humanidad con la fauna extinguida, la predicación del cristianismo en América antes de la conquista española (p. 169) y por supuesto el hecho de que el ser humano americano era al menos tan antiguo como el de los otros continentes. Además, para rellenar espectaculares ilustraciones, esos primeros grupos habían habitado dentro de las corazas de los gliptodontes (enormes tortugas).

A veces se encuentran frases extraordinariamente modernas del propio Ameghino, como la que la autora copia en la p. 180, en la que defiende la necesidad de que los objetos tengan un contexto estratigráfico y arqueológico, de manera que “todo objeto, por raro y curioso que sea, sobre el que no se tengan datos exactos sobre su procedencia y condiciones de yacimiento, no tiene importancia alguna y debe ser eliminado de toda colección formada con verdadero método científico” (escrita por Ameghino en 1885).

Por supuesto durante aquellos mismos años hay autores que dudan y critican las aseveraciones de Ameghino. Entre ellos destaca Burmeister, para el que la razón de tal duda se asienta en la evidencia de la asociación de los restos humanos y la fauna extinta. Y los problemas son tantos que la idea de “ser” como en Francia será defendida sólo por Ameghino y morirá con él. Tampoco sobrevivirá la idea de contar en los Museos de Historia Natural con salas de Prehistoria y la división entre

Paleolítico y Neolítico sobrevivirá poco tiempo.

La disputa entre los hermanos Ameghino (Carlos y Florentino) y el Museo de La Plata había modelado la exploración de la Patagonia en forma de una guerra de equipos, expresada en acusaciones personales, insultos, posibles duelos y la necesidad de ocultar el territorio explorado, escamoteando mapas y perfiles (p. 230). Cuando en 1888 Ameghino salió de La Plata, creó una casa-museo-almacén propio, una librería en la que fue guardando sus fósiles.

Las últimas obras o voces de Ameghino, durante la primera década del siglo XX (morirá en 1911), son relatadas por Irina Podgorny en el Capítulo 9, tal vez el mejor escrito y el más interesante desde nuestro actual punto de vista. En 1902 Ameghino es nombrado director del Museo Nacional e inmediatamente comienzan sus problemas con el espacio porque lo que él pretende no es atraer visitantes y enseñarles o educarles, sino amasar colecciones (p. 214). En esta primera década del siglo XX la Paleoantropología se está definiendo como disciplina y para sus primeros practicantes era necesario ponerse de acuerdo sobre la asociación de los huesos humanos con los depósitos geológicos de edad determinada, y en el significado de las características morfológicas para definir un estadio de evolución” (p. 253). Por lo que respecta a las características morfológicas, incluso se crean aparatos para orientar los cráneos y medir sus ángulos, pero aunque así se intenta huir de la subjetividad, esto no se consigue, y el problema y las críticas continúan... la asociación de los sedimentos, fósiles, humanos e industrias se transformó en una cosa inestable, en búsqueda de una manera de registro que permitiera consensuar sobre la realidad del pasado geológico local (p. 257).

La Prehistoria de la Argentina, después de Ameghino, fue sepultada en las vitrinas de algunos museos y en los manuales locales. Todos sus hallazgos, su árbol evolutivo y las especies que creó desaparecerán, borrados del reino de las ciencias. Su época de esplendor, aunque efímero y falso, es la que Irina Podgorny analiza y describe con detalle, dedicación y profundidad.

Por mi parte, lo he pasado muy bien leyendo este libro y he aprendido mucho sobre la escasa originalidad del propio mundo, sobre la antigüedad de los principios más básicos de la Arqueología y de la Prehistoria, sobre nuestra extraordinaria capacidad de repetir errores, sobre la facilidad con la que perdemos la memoria histórica, y sobre la fuerte relativización de los conocimientos científicos. La pena de haberlo terminado sólo se ve consolada por la seguridad de que Irina Podgorny, la detallista excavadora de la bibliografía, seguirá haciéndonos regalos escritos como este.

*M<sup>a</sup> Ángeles Querol*

Dpto. de Prehistoria  
Universidad Complutense, Madrid